

Vortrag Concepción

Klaus Meschkat

LAS CIENCIAS SOCIALES EN UN MUNDO GLOBALIZADO

Abstract. The presented document presented by the Dr. Klaus Meschkat in the University of Concepción - Chile, is more a manifesto of political denunciation, on the occasion of an act of tribute to the professors, employees and students expelled from the Central Institute of Sociology of the same University, by military administration in the military coup of the 11 of September of 1973. Act of recognition that is realised 30 years later and that is concealed with the figure of the recognition to the contributions to social sciences of the mentioned professors. The dissertation of Professor Meschkat puts the real situation in the open that lived hundreds on professors, students and workers of that Chilean university and that has remained hidden by the local authorities.

Ponencia presentada por el Dr. Klaus Meschkat en la Universidad de Concepción – Chile, con motivo de un acto de homenaje a los profesores, empleados y estudiantes expulsados del Instituto Central de Sociología de la misma Universidad, por administración militar en el golpe militar del 11 de septiembre de 1973. Acto de reconocimiento que se realiza 30 años más tarde y que se encubre con la figura del reconocimiento a los aportes a las ciencias sociales de los profesores citados. La disertación del Profesor Meschkat pone al descubierto la real situación que vivieron cientos de profesores, estudiantes y trabajadores de esa universidad chilena y que ha permanecido oculta.



UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANAS
CENTRO DE ESTUDIOS DE OPINIÓN

Señor Rector de la Universidad de Concepción, Señor Decano de la Facultad de Ciencias Sociales, señores decanos y directores de departamentos, estimadas y estimados colegas profesores y estudiantes:

Es para mí un gran honor dirigirme en un acto oficial a los miembros de una Universidad, de la que en algún momento formé parte activa como profesor titular, concretamente entre marzo y septiembre del año 1973. Como muchos otros científicos sociales, también de Concepción, después del golpe del 11 de septiembre del 73 fui detenido y después obligado a abandonar Chile; varios de mis compañeros de ruta chilenos siguen viviendo hasta el día de hoy en Alemania u otros países fuera de Chile. Como pueden ver, también ésta es una forma de promover la globalización de la ciencia, y eso me lleva a tratar este tema demasiado amplio desde una perspectiva específica y delimitada: Desde el siglo 19, la persecución política y el exilio han sido el destino de muchos investigadores que querían estudiar la condición de sus respectivas sociedades. Para los países de los cuales fueron desterrados, esto siempre ha significado una gran pérdida. Para los exiliados este desarraigo implicaba múltiples sufrimientos, pero a la vez permitía desprenderse de limitaciones locales, regionales y nacionales. Esto ofreció una inédita oportunidad de estudiar y entender las relaciones sociales y tendencias de desarrollo a escala mundial.

Un excelente ejemplo de esta situación es un intelectual del siglo 19 que marca el comienzo indiscutible de la historia de la ciencia social crítica. Me refiero a un filósofo y periodista que en la gran revolución europea de 1848 luchó por la causa de una república democrática en Alemania y que, derrotado, tuvo que ir al exilio en Inglaterra. Usando las facilidades magnificas de la biblioteca del British Museum de Londres, pudo dedicarse a realizar durante décadas un análisis científico y exhaustivo de las causas más profundas del fracaso de las revoluciones políticas ocurridas hasta ese momento. Con su crítica de la economía política expuso los principios básicos de un orden económico y social,



que en ese preciso momento estaba adquiriendo su forma más avanzada en su país de exilio Inglaterra. Probablemente la actualidad de la teoría de Carlos Marx se deba al hecho de que seguimos viviendo en este orden capitalista, más aún después del ocaso de un sistema competidor que pretendió - equivocadamente - haber superado el capitalismo y constituir un orden social superior. Por otro lado, los fenómenos actuales de crisis en el sistema financiero internacional han llevado a que incluso en el lenguaje académico de la ciencia social dominante vuelva a ser habitual hablar de "capitalismo", en vez de recurrir a términos ideológicos como "economía social de mercado".

La crítica del capitalismo de Carlos Marx es a la vez una completa teoría de la globalización. Marx demostró que el capitalismo necesariamente conlleva la tendencia a ocupar todos los espacios que aún no han sido sometidos a su dominio. No es casualidad que desde hace algún tiempo se haya convertido en moda, incluso entre los expositores conservadores, citar en sus conferencias sobre la globalización aquellos pasajes de Carlos Marx tomados del "Manifiesto del Partido Comunista" de 1848, en los cuales habla del rol globalizante del capital, es decir, de la capacidad del capital de abarcar y transformar el mundo; supongo que Uds. ya habrán tenido ocasión de escuchar conferencias de este tipo, por lo que no quiero aburrirlos con las correspondientes, si bien muy impresionantes citas. Pero les puedo asegurar que es sumamente provechoso consultar la primera parte del Manifiesto Comunista, para entender los rasgos fundamentales de la globalización.

Al igual que otros importantes teóricos también Carlos Marx anticipó ciertos desarrollos futuros, aunque se equivocó con respecto a la velocidad con la que se operan los cambios sociales profundos. Es así como ya percibió elementos de una revolución proletaria en los acontecimientos de 1848 y en la Comuna de París de 1871, y es así como creyó que el país capitalista más avanzado de su época, Inglaterra, estaba mostrando a los demás países el reflejo de un futuro cercano que sería ineludible. Pero precisamente eso significa que Marx, el

pensador en el exilio, ya haya anticipado en su teoría hace un siglo y medio la expansión del capitalismo a escala mundial que se está produciendo hoy ante nuestros ojos a una velocidad vertiginosa, y que suele describirse con el término de moda 'globalización'.

Por cierto que la tradición de la sociología no termina con la obra de Karl Marx, a quien el sociólogo Norbert Elias, que no era marxista, calificó como una "figura colosal del siglo XIX". Sin embargo, la mayor parte de la historia de la sociología en el siglo desde la muerte de Marx se puede entender perfectamente como una confrontación explícita o implícita con su teoría: Hay sociólogos que propagan una continuación directa de ella, otros quieren refutarla en su totalidad o en puntos específicos, y otros quieren complementarla, por ejemplo en áreas como la teoría política o la psicología social, poco trabajadas por Marx. En este proceso hubo intentos de lograr una síntesis entre la teoría de Marx y la de otro gran pensador, a saber Sigmund Freud.

Ese intento fue emprendido por la llamada Escuela de Frankfurt, que representa un hito en el desarrollo de la sociología, también forma una parte esencial en la enseñanza de sociología de esta universidad. Y pasaré inmediatamente a referirme a ella, aunque esto signifique pasar por alto a grandes sociólogos de principios del siglo 20 como Max Weber: Pues lo que me interesa aquí no es esbozar una historia de la sociología, sino mostrar la importancia del exilio para el surgimiento de una ciencia social crítica. El Instituto de Investigación Social fundado en 1923 en Frankfurt del Meno ya debía las condiciones materiales de su nacimiento a la "globalización" de entonces: Felix Weil, quien había nacido en Buenos Aires como hijo de un acaudalado comerciante y que adhirió al socialismo radical de los consejos obreros en su época de estudiante, se propuso crear un Instituto de Estudios Marxistas y tuvo la oportunidad de dotar ese instituto con una generosa donación financiera al heredar la fortuna de su padre, quien como propietario de una de las más grandes empresas de comercialización



de granos de Argentina se había convertido en multimillonario. De esta forma surgió, ligado a la Universidad Goethe de Frankfurt, un instituto que se convirtió en el punto de reunión de los intelectuales no ortodoxos más destacados. En contraste con la pseudociencia del "Marxismo-Leninismo" proclamada por Stalin, la tarea que se plantearon los integrantes del Instituto de Investigación Social fue desarrollar una Teoría Crítica de la Sociedad, sobre la base de la obra original de Karl Marx. De hecho, algunos colaboradores del instituto tuvieron una participación decisiva en el redescubrimiento y la revalorización de los escritos tempranos de Marx.

Entre los representantes más conocidos, también a nivel internacional, de la Teoría Crítica figuraban Max Horkheimer, quien dirigió el Instituto de Investigación Social a partir de 1930, Theodor W. Adorno, Erich Fromm, Herbert Marcuse y Friedrich Pollock. La mayoría de estos marxistas independientes provenían de la burguesía judío-alemana.

La toma del poder de los nacionalsocialistas en 1933 significó también el fin de este centro de la sociología alemana en Frankfurt. Sus miembros fueron removidos de sus funciones en la Universidad, por ser judíos o comunistas, el Instituto mismo fue cerrado. Sobre la actitud de la universidad en ese momento, podemos leer lo siguiente en una historia de la Escuela de Frankfurt:

“Como en todas partes, tampoco en Frankfurt la universidad defendió en ningún momento a sus colegas proscritos y perseguidos. Por el contrario. Ya el 3 de abril el senado de la universidad había resuelto presentar una solicitud ante el Ministerio de Educación prusiano, pidiendo "que el vínculo existente hasta ahora entre el 'Instituto de Investigación Social' y nuestra Universidad, por flexible que esta haya sido, sea revocado.“ (Rolf Wiggershaus: Die Frankfurter Schule, Muenchen 1988, p. 149).



Este distanciamiento poco digno fue incluso propiciado por un rector que no era nazi y quien poco después fue relevado por un férreo nacionalsocialista. Ahora bien, el hecho de que las universidades, en el contexto de dictaduras, se plieguen a la voluntad del nuevo régimen o le apoyen activamente, no es algo que se observe solamente en Alemania. Volveré más adelante sobre el paralelo entre Frankfurt 1933 y Concepción 1973.

Las depuraciones llevadas a cabo por los nazis afectaron a todo el sistema universitario: en los cinco años después de la toma del poder el 45% de todos los titulares de cargos académicos de planta fueron reemplazados. La Universidad de Frankfurt registró la segunda tasa más alta de despidos de profesores después de la Universidad de Berlín: más de un tercio de los profesores perdieron su cátedra. La sociología alemana nunca se recuperaría del todo de esta sangría: Un 47% de los científicos sociales que trabajaban en las universidades abandonaron el país. Fueron expulsados según los criterios de los nazis, o porque eran comunistas, o porque no eran de descendencia "aria" o porque "sus actividades políticas precedentes no ofrecían ninguna garantía de que defenderían en cualquier momento y en forma incondicional al Estado nacional."

Para los miembros del Instituto de Frankfurt comenzaron entonces décadas de exilio. Pasando por Ginebra el viaje los llevaba primero a París, y finalmente a los Estados Unidos. La Revista de Investigación Social fundada en 1932 alcanzó a ser publicada entre 1933 y 1938 en París, y luego durante un breve período en Nueva York. Max Horkheimer fue durante mucho tiempo no sólo el teórico que marcaba la pauta de la Escuela de Frankfurt, sino también un extraordinario organizador, quien además tenía un certero olfato de los peligros que le permitió salvar el Instituto del ataque de los nazis: Antes de que en 1940 los nazis entraran victoriosos a Francia, ya había trasladado la sede del Instituto a Nueva York, donde durante un tiempo formó parte de la Columbia University.

Pero el exilio en los Estados Unidos significó más que el rescate de un valioso centro de la sociología alemana y el apoyo financiero temporal de sus colaboradores. Trajo también el encuentro de una teoría de la sociedad orientada en Marx y Freud con una investigación social empírica, como la que ya se había desarrollado hacía bastante tiempo en los EEUU, por lo demás también con la participación de inmigrantes de Europa central y del Este. La experiencia del nacionalsocialismo hizo que se impusieran algunos temas centrales que fueron analizados con esta metodología: ¿Cómo pudo suceder que en un país desarrollado del mundo capitalista se estableciera un régimen tan bárbaro? ¿Existían indicios de peligros similares en otros países capitalistas? Ya al final de la República de Weimar, Herbert Marcuse había señalado la susceptibilidad del pensamiento liberal para el fascismo, y Max Horkheimer escribió en la víspera de la Segunda Guerra Mundial la tan citada frase: "Quien no quiera hablar del capitalismo, debe callar acerca del fascismo".

Los representantes de la Escuela de Frankfurt no se limitaron a sostener que el fascismo sólo sacó a la luz las tendencias de desarrollo inherentes al capitalismo – una conclusión que más tarde las teorías sobre el totalitarismo hicieron olvidar - sino como exiliados también querían tomar la cuestión fundamental planteada por la victoria del fascismo en Alemania y Europa, como punto de partida para una investigación social crítica en su país de exilio, los Estados Unidos: ¿Cómo se puede explicar que las masas asalariadas actúen en forma contraria a sus intereses objetivos? Desde ahí surgieron los grandes estudios empíricos sobre la estructura del prejuicio y sobre la personalidad autoritaria. Pues el antisemitismo y el racismo no sólo se observaban desde lejos en la Alemania nazi; también se podían detectar e investigar empíricamente en la sociedad estadounidense.

Después de la victoria de los aliados sobre Hitler, **los exiliados se encontraron ante la disyuntiva de regresar o no a su país en ruinas y a las universidades**

que antes los habían expulsado. La mayoría de los sociólogos que habían encontrado refugio en Inglaterra, los EEUU y también en algunos países de Latinoamérica y de Asia, no lograron decidirse a retornar. Muchos simplemente no querían regresar a un país, **en el cual tantas personas se habían convertido en cómplices de la dictadura.** Algunos tenían la impresión de que se había roto con el fascismo en forma más decidida en la zona de ocupación soviética: Intelectuales de rango mundial como el escritor Berthold Brecht, el filósofo Ernst Bloch o el filólogo Hans Mayer se establecían en esa época en Berlín Oriental o en Leipzig en la R.D.A.

En la parte occidental de Alemania muchas de las universidades tradicionales en ninguna manera recibirían con los brazos abiertos a sus antiguos integrantes. Ya que los remordimientos de conciencia, por el hecho de que muchos de los profesores universitarios que se quedaron en Alemania salvaron sus puestos haciendo dudosas concesiones, es decir pactando con la dictadura, no eran en absoluto un suelo fértil para que surgiera la voluntad de una reparación incondicional sino por el contrario, preferían evitar a los expulsados.

A lo más, y no sin una cierta presión por parte de las potencias de ocupación, existía la disposición a traer de regreso del exilio a algunos académicos muy connotados. Es así como Max Horkheimer volvió a la Universidad de Frankfurt y recibió una cátedra. Con él llegaron Theodor W. Adorno, quien sin embargo tuvo que esperar siete años hasta convertirse en profesor titular, y Friedrich Pollock. Pero la mayoría de los académicos que habían estado relacionados con el Instituto no los siguieron en este camino de regreso a Frankfurt.

En la refundación de la Escuela de Frankfurt Max Horkheimer se amoldó a las condiciones que existían a principios de los años 50 en la fase de restauración de la era Adenauer – por lo demás paralela a la persecución de los comunistas en los EEUU durante la era del senador McCarthy, pues ya en la Escuela de



Frankfurt de los años 20 se cultivaba una terminología que tenía el propósito de disimular lo mucho que la Escuela le debía al pensamiento de Karl Marx. Esto no sólo correspondió a la necesaria delimitación de fondo frente al comunismo oficial de la Unión Soviética, sino también al temor de poner en peligro la pretensión de la sociología de ser reconocida como una disciplina académica más junto a otras disciplinas de las humanidades y las ciencias sociales.

Con todo, la Escuela de Frankfurt era de una importancia inestimable para todos aquellos quienes en sus estudios de sociología buscaban orientación en una teoría crítica de la sociedad. Para ello no sólo en Alemania era imprescindible romper la jaula ideológica de la Guerra Fría y no dejarse imponer la alternativa: acá el mundo libre liderado por los EEUU, allá el totalitarismo soviético. Paulatinamente el pensamiento de una Nueva Izquierda, que surgió a fines de los años 50 en Inglaterra, fue permeando también las ciencias sociales de la República Federal de Alemania. Sin embargo, en aquella época la mayoría de las cátedras de sociología estaban ocupadas por profesores cuyas carreras habían comenzado en la época nazi. Pero no sólo en Frankfurt, también en otras ciudades universitarias los estudiantes de la época tenían la posibilidad de asistir a los cursos y conferencias de sociólogos que habían vuelto del exilio. Recuerdo mi primer semestre como estudiante la Universidad Libre de Berlín en el verano de 1954, en el que tuve la oportunidad de escuchar una conferencia del politólogo Franz Leopold Neumann, quien en los EEUU también había trabajado en el Instituto de Investigación Social y escribió probablemente la mejor descripción analítica del sistema de dominación nacionalsocialista. También él había puesto de relieve la relación intrínseca entre fascismo y capitalismo.

Desde este punto me parece casi inevitable que me refiera a mi propia biografía. Como encontré el acceso a las Ciencias Sociales críticas? Casi todos mis maestros en la Universidad Libre de Berlín habían sido exiliados o fueron antifascistas que habían sobrevivido la guerra, y la mayoría de los más jóvenes



se consideraban discípulos de la Escuela de Frankfurt. Para mi propia orientación científica y política tuvo un impacto sobresaliente un exiliado de las filas de la Escuela de Frankfurt que no había vuelto a Alemania y siguió enseñando en varias universidades de los Estados Unidos: Herbert Marcuse. Contrastando con Horkheimer y Adorno, este gran científico no renunció a un compromiso político abierto, y el nos mostró en sus escritos y en sus actuaciones que la participación en las luchas sociales y el rigor científico no son incompatibles.

En los EEUU. Herbert Marcuse se identificó con los movimientos para los derechos cívicos de los afro-americanos y con las protestas contra la guerra de Vietnam. No hay que olvidar que Marcuse al mismo tiempo analizó críticamente el sistema de dominación soviético, su libro sobre el marxismo soviético para mí fue guía en mis estudios sobre la ideología estaliniana. Para nosotros en los años 1967 y 1968, Herbert Marcuse, el exiliado que no dejaba de hablar inglés con un marcado acento de mi ciudad natal de Berlín, fue un puente a lo mejor de los Estados Unidos— mientras que el gobierno en Washington fue responsable de los peores crímenes de guerra después del Tercer Reich. Fuimos muchos los sociólogos que participamos activamente en la resistencia internacional contra la guerra de Vietnam, enfrentándonos a nuestro propio gobierno, cómplice de los Estados Unidos en estos crímenes. Yo fue coorganizador del gran congreso internacional contra la Guerra de Vietnam en Berlín Occidental, en febrero de 1968.

Aunque los científicos sociales que participamos activamente en el movimiento de protesta y la oposición extraparlamentaria, a diferencia de nuestros antepasados en el siglo 19, no fuimos expulsados de Alemania, muchos buscamos nuevas experiencias en la vida universitaria de otros países. Así a finales de 1968 fui como profesor visitante a Nueva York, a la New York University, y después a Medellín, a la Universidad de Antioquia, aceptando la invitación de un exalumno que se hizo secretario general de su universidad.



Después recibí una beca de investigación de la Deutsche Forschungsgemeinschaft para un trabajo en el campo de la sociología política de Colombia, y así llegué por primera vez a Chile hace 40 años. Pero por qué a Chile con una temática Colombiana?

Otra vez hay que hablar de la importancia del exilio para el desarrollo de las ciencias sociales. En la segunda mitad de los años 60, el Chile democrático fue uno de los centros intelectuales más importantes de América Latina, sobre todo por la recepción generosa a científicos, escritores y artistas de otros países del subcontinente, que tenían que refugiarse por persecución política. Así con el golpe de 1964, numerosos científicos sociales del Brasil llegaron a Santiago, incluyendo el futuro presidente Fernando Henrique Cardoso, y en 1966, el golpe de Onganía también causó una emigración masiva de sociólogos argentinos, algunos por falta de empleo en un régimen represivo. Centros importantes en Santiago se beneficiaron de esta inmigración de destacados intelectuales, así el CESO de la Universidad de Chile y el CEREN de la Universidad Católica, pero también instituciones como CEPAL y Flacso. En este tiempo, las teorías de la dependencia fueron el marco de referencia para todos los debates sobre relaciones de explotación y dominación a nivel mundial, en los cuales también participaron científicos como André Gunder Frank, hijo de un famoso escritor alemán expulsado por los Nazis en 1933. Como otros latinoamericanistas, yo también viajé varias veces a Chile para conocer las teorías más avanzadas sobre estructuras sociales en países del capitalismo dependiente. **En una de estos viajes llegué también a Concepción, donde el director del Instituto de Sociología, el argentino Nestor D'Alessio me invitó a postular para un puesto de profesor. Este nuevo trabajo comenzó en marzo de 1973.**

No es factible dentro de una breve conferencia esbozar el perfil del Instituto Central de Sociología de entonces. Este debería e iba a ser una empresa colectiva de todos los colegas sobrevivientes, basados en los resultados de una



investigación. Voy a explicar esto más adelante. Se trata de recuperar una herencia, en la investigación como en la enseñanza. Un caso ejemplar es la ampliación de los horarios: Fuera de los cursos normales para estudiantes diurnos, hubo cursos en la tarde y la noche para obreros y empleados de las empresas locales, quienes paralelamente a su trabajo hicieron estudios completos de Sociología. Ya como profesor universitario asistente en Berlín, había tenido experiencias de este tipo en una escuela sindical. Como docente, siempre aprendí mucho más en seminarios con participantes que tenían raíces reales en el mundo del trabajo fuera del campus universitario. El contacto con los estudiantes-obreros me facilitó entrar en la vida cotidiana de Chile.

Solo a base de mi bastante débil memoria puedo tratar de reconstruir un proyecto de investigación que comenzamos juntos con el colega brasilero Eder Sader. Se trató de investigar la participación obrera en el área de la propiedad social, concretamente en las empresas recién nacionalizadas del sector textil. Parece que todos los documentos elaborados en este proyecto fueron destruidos durante la ocupación militar de nuestro Instituto, el plan de trabajo y también los materiales sobre entrevistas con sindicalistas en la fábrica de Bellavista Tomé. En nuestras consideraciones metodológicas hemos usado estudios anteriores de la sociología industrial, como el libro, ya en este tiempo clásico, de Alain Touraine sobre Huachipato y Lota. Pero de nuestras propias entrevistas me queda solamente el recuerdo del alto grado de conciencia de los activistas sindicales de su responsabilidad para dirigir la producción: sus pretensiones de cogestión se referían no solamente a las condiciones de trabajo, sino también al qué producir: querían producir paños para el consumo de la población mayoritaria, no mas telas de lujo para unas minorías.

Igual que muchos de los docentes del Instituto, yo también fuí detenido poco después del golpe. No quiero entrar en detalles sobre mi estadía en el campo de concentración en la isla Quiriquina. Me parece inadecuado en



vista del mayor grado de vejámenes y humillaciones que sufrieron muchos de mis colegas Chilenos que cayeron en manos de los agentes de la dictadura. Quiero mencionar solamente al conocido historiador Luis Vitale, que también tenía vínculos fuertes con el Instituto Central de Sociología y dió cursos en Concepción desde 1958 hasta agosto de 1973. El sufrió durante 13 largos meses en distintos campos de concentración y casas de tortura, hasta que logramos sacarlo del infierno de la dictadura Chilena con una gran campaña de solidaridad internacional.

En el contexto de nuestras reflexiones sobre la globalización de los intelectuales, me parece relevante un solo incidente, un interrogatorio al cual yo fui expuesto después de la primera semana en la Isla Quiriquina. Junto con otros presos fui devuelto en un barco a la base naval de Talcahuano. Allá fue enfrentado con varios señores interrogadores, que según sus uniformes blancos y charreteras de oro parecían ser oficiales de la marina. Cuando entré al cuarto del interrogatorio, escuché que hablaban entre sí en voz baja en alemán, lo que me hizo pensar que probablemente eran de familias de origen alemán. Preguntaron por mi profesión, y por primera vez en mi vida alguien me hizo la pregunta de porqué trabajaba como profesor de Sociología en una universidad fuera de mi patria. Aparentemente mi respuesta no fue satisfactoria, porque uno de los oficiales me preguntó: ¿"Es Usted judío?" Esto me hizo pensar por un momento en el pasado más negro de mi propio país, y dije que no contestaría semejantes preguntas. Interrumpieron el interrogatorio rápidamente, y pronto me encontraba otra vez en el barco, de vuelta a la Isla Quiriquina.

No cuento esta historia que me parece bastante significativa para la mentalidad de los oficiales golpistas para desprestigiar a la marina Chilena. Al contrario, creo que hay que apreciar mucho que en las filas de la marina, entre los marinos sencillos, pero también en partes de la oficialidad se manifestó una fuerte resistencia contra el avance del golpe, como demostró Jorge Magasich en su



magnífica obra “Los que dijeron no”. Los miembros de marina que actuaron contra el golpe, muchos torturados e incluso asesinados, salvaron su honor. Yo mismo observé en la isla entre algunos de los marinos que nos vigilaron algo como un simpatía escondida para con los presos. Uno me pasó secretamente una hoja de un diario con la noticia de que había llegado un diputado del parlamento alemán a Santiago para pedir la liberación de todos los alemanes detenidos como consecuencia del golpe. De hecho, por esta iniciativa del diputado socialdemócrata Wischnewski y con ayuda del consulado de la Republica Federal Alemana en Concepción me liberaron después de más de dos semanas en la Quiriquina, con la condición de salir del país en 24 horas. Viví mi liberación con sentimientos muy ambiguos, porque preveía que para los compañeros chilenos llegarían tiempos aún más duros después de la salida de los extranjeros. Desafortunadamente así pasó.

Todavía durante mi estadía en la isla, el 20 de septiembre de 1973, el Rector de la Universidad de Concepción, el mismo que había firmado mi nombramiento como profesor titular, firmó un decreto sobre la disolución del Instituto Central de Sociología. Con eso todos sus miembros quedaron exonerados, y esto implicaba que su Alma Mater no tenía ninguna obligación de defenderlos. A mí no me mandaron ningún documento de renuncia a la isla, obligándome a firmarlo durante mi detención, y tampoco más tarde recibí documento alguno de esta naturaleza. Así según los documentos que todavía mantengo seguía siendo profesor titular de la universidad de Concepción y pude, por tanto, soñar que a pesar de mi expulsión totalmente injustificada de Chile un día me llegaría un llamado de las autoridades universitarias para reiniciar mis actividades docentes. En este momento pensé que la disolución del instituto fue exclusivamente un acto arbitrario del régimen militar, y no concebí, como después me fue confirmado, que fue una decisión sancionada por el propio Rector de la Universidad, todavía democráticamente elegido.



Tal cual ocurrió en Frankfurt en 1933. Algunos de mis colegas Chilenos recibieron aquel documento de renuncia estando presos: uno de ellos me escribió: **“A mí me hicieron firmar la renuncia en el Estadio Regional junto a más de 40 profesores de la Universidad.”**

Ahora la Universidad de Concepción me invita para recordar y reconocer el tiempo, desafortunadamente muy corto, de mis actividades en la investigación y la enseñanza de esta universidad. Agradezco mucho al Señor Rector y a las autoridades de hoy día por este reconocimiento. Pero lo puedo recibir solamente en nombre de todas y todos los colegas del Instituto Central de Sociología de 1973, que ahora no están con nosotros. Algunos, como mi colega Eder Sader, con quien dirigí un proyecto de investigación sociológica, ya murieron. Otros, como el doctor Nestor D’Alessio que como director del Instituto me invitó de trabajar en Concepción y ahora vive en Goettingen, ya no están en condiciones de hacer un viaje transatlántico. Pero un número de colegas que viven en Chile o en otros países y que hoy están ausentes, tal vez aceptarían una invitación en el futuro que les consigne un papel activo en un evento de otra naturaleza. Leo los nombres de la nómina del personal del Instituto Central de Sociología en septiembre 1973:

Licer Viveros

Francisco Brevis

Inés Núñez

Jaques Zylberberg

Eduardo Lawrence

Nestor D’Alessio

Traful Alvarez

Vittorio Gatti

Guillermo Henriquez

Gabriela Reyes



UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANAS
CENTRO DE ESTUDIOS DE OPINIÓN

Pilar Maynou

Miguel Aigner

Sergio Sepulveda

Marco Antonio Enriquez

Fernando Mires

Enrique Lubliner

Marta Elena Alvarez

José M. Merino

Laura Torres

Regina Cunha Sader

Klaus Meschkat

Eder Sader

Esta lista me la pasó el colega Guillermo Henríquez que está realizando una investigación sobre el pasado de la Sociología en Concepción. Sus resultados pueden tener un gran valor y constituir un punto de partida para otro evento que me parece indispensable para recuperar la tradición de las Ciencias Sociales en esta universidad. Rescatar una herencia valiosa debe ser una obra colectiva de todos los miembros de la comunidad académica, especialmente de todos los que fueron injustamente expulsados. Debería incluir un debate público bien organizado, con base de la investigación en curso, que no solamente evalúe la corresponsabilidad de las autoridades de la universidad de entonces para la implementación de actos represivos, sino que sobre todo examine los elementos de la enseñanza e investigación en el pasado que deberían considerarse para una sociología del futuro. También me puedo imaginar que sería pertinente invitar a historiadores que han trabajado la historia de las universidades alemanas antes, durante y después de la dictadura Nazi, para elaborar elementos comparativos en **el comportamiento de los académicos en tiempos de represión**. Personalmente estaría dispuesto a participar en un seminario de este tipo y de ayudar en su preparación, siempre y cuando se inviten a todos los colegas de

1973. Pero sobre todo me parece indispensable **incluir a los estudiantes de hoy** en este esfuerzo de relacionarse con el pasado. Son ellos quienes tienen un derecho de saber del pasado de su disciplina, y de conocer personalmente a los docentes que trabajaron en el Instituto de Sociología. Por la edad avanzada de los expulsados, no se debe esperar demasiado tiempo.

Quisiera terminar volviendo al tema de la globalización de los intelectuales y de las Ciencias Sociales. Falta tiempo para demostrar la contribución positiva del exilio Chileno al desarrollo de las Ciencias Sociales en los países donde trabajó temporalmente. El trabajo que vuestro decano Jorge Rojas realizó en el Instituto de Sociología en Hannover es uno de muchos ejemplos, pero es el que tuve el privilegio de conocer y apreciar más de cerca. Así, por ejemplo, a comienzo de los 80 se investigaron en Hannover los profundos cambios estructurales que la sociedad chilena hoy día aún mantiene. Tampoco hay espacio aquí para evaluar el papel de los sociólogos y politólogos que volvieron del exilio en Europa y Norteamérica en la reconstitución de las Ciencias Sociales después de la dictadura. En este contexto quisiera destacar el papel extraordinario de mi compatriota y amigo Norbert Lechner, desafortunadamente ya fallecido, quien con mucha valentía logró quedarse trabajando en Chile después del golpe de 1973, bajo la protección de instituciones internacionales. Su obra fue esencial para mantener la continuidad de las Ciencias Sociales críticas en este país.

Tal vez ustedes esperaron de esta conferencia reflexiones más generales sobre el tema de moda de la globalización, pero espero que al menos haya podido mostrar en qué forma la historia de las Ciencias Sociales, hasta las instituciones en los cuales trabajamos y vivimos, hay que entenderla en el contexto de los procesos globales, y de situaciones bien concretas de persecución política y del exilio. Como hemos visto, el exilio significa sufrimiento, pero también una gran oportunidad de romper con las ideologías que no nos permiten ver los problemas reales de nuestras sociedades. Por eso, **promover las reintegración de los**



exiliados no es solamente un acto de justicia hacia los expulsados sino constituye un gran beneficio para la vida académica de una universidad. No hay Ciencias Sociales que merezcan este nombre sin una integración de las experiencias internacionales y sin una perspectiva cosmopolita. Por eso, las Ciencias Sociales son incompatibles con el espíritu de un provincialismo chauvinista como siempre han intentado promover las dictaduras.

He seguido con muchas simpatías los múltiples esfuerzos durante el proceso de la reconstitución de las Ciencias Sociales en esta Universidad para superar la herencia fatal de la dictadura. Por la iniciativa de destacados académicos que volvieron del exilio, entre ellos vuestro decano, se establecieron lazos fuertes con muchas universidades en el mundo, también con universidades en mi país que comparten una experiencia parecida en tiempos de dictadura. También en Alemania, el proceso en el cual las Universidades se enfrentaron con su propio pasado a veces duró varias décadas. Recibí con gran conmoción en el año pasado la noticia de un acto académico de homenaje a los alumnos de la Universidad de Concepción víctimas de la represión de la dictadura militar, pensando que entre los desaparecidos podrían estar alumnos de mis clases del año 1973.

En este sentido, quiero agradecer profundamente este noble gesto de las autoridades de la Universidad, especialmente al Señor Rector Don Sergio Lavanchy, por otorgarme el presente reconocimiento. Por mi parte me comprometo a seguir cooperando activamente con la Facultad de Ciencias Sociales y la Universidad de Concepción.

Muchas gracias por su presencia y su atención.